



Alessandro Manzoni

Los prometidos

Traducción del italiano de Marilena De Chiara

Galaxia Gutenberg

ALESSANDRO MANZONI

Los prometidos

Traducción y prólogo de
Marilena De Chiara

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros)

Este libro ha sido traducido gracias a una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores
y de la Cooperación Internacional italiano.

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri
e della Cooperazione Internazionale italiano.

Título de la edición original: *I promessi sposi*
Traducción del italiano: Marilena De Chiara

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2025

© de la traducción y el prólogo: Marilena De Chiara, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 60-2025
ISBN: 978-84-19738-60-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación
de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones
previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Prólogo. Una poética de la promesa	9
Sobre esta traducción	23
Bibliografía citada.	27
Nota de la traductora	29

LOS PROMETIDOS

Introducción	33
Capítulo I	37
Capítulo II	55
Capítulo III	69
Capítulo IV	85
Capítulo V	101
Capítulo VI	117
Capítulo VII	133
Capítulo VIII	153
Capítulo IX	175
Capítulo X	195
Capítulo XI	217
Capítulo XII	237
Capítulo XIII	251
Capítulo XIV	267
Capítulo XV	283
Capítulo XVI	301
Capítulo XVII	317

Capítulo XVIII	333
Capítulo XIX	349
Capítulo XX	365
Capítulo XXI	379
Capítulo XXII	395
Capítulo XXIII	407
Capítulo XXIV	425
Capítulo XXV	451
Capítulo XXVI	465
Capítulo XXVII	481
Capítulo XXVIII	497
Capítulo XXIX	519
Capítulo XXX	535
Capítulo XXXI	547
Capítulo XXXII	565
Capítulo XXXIII	585
Capítulo XXXIV	605
Capítulo XXXV	627
Capítulo XXXVI	641
Capítulo XXXVII	661
Capítulo XXXVIII	675

Nota de la traductora

Para preservar el sabor de la lengua de Manzoni, todos los nombres y apodos de personajes se conservan en italiano. También los topónimos se indican en el idioma original, cuando no se trata de ciudades y países.

Las citas en latín se introducen en el texto como rasgo de caracterización de los personajes, con traducción en las correspondientes notas al pie, que sólo se han añadido en contadas ocasiones, para aclarar detalles históricos sin interrumpir la fluidez de la experiencia de lectura. Con la misma voluntad de favorecer una lectura fluida, se han integrado en el texto, mediante paréntesis, las referencias bibliográficas que el autor reproduce académicamente, en nota a pie de página, en el original. Todas las decisiones de traducción han sido tomadas con el propósito de destacar la modernidad estilística, semántica y estructural de la novela, respetando la especificidad del contexto de escritura y publicación original, pero con la intención de hacerlos comprensibles y atractivos en el siglo XXI y en nuestra lengua.

LOS PROMETIDOS

Introducción

«La Historia puede realmente definirse como una noble guerra contra el Tiempo: al arrancarle los años prisioneros, ya convertidos en cadáveres, los convoca a la vida, los examina y los alinea de nuevo para la batalla. Pero los ilustres historiadores, que en este campo ostentan palmas y laureles, sólo refieren los botines más vistosos y brillantes, embalsamando con su tinta las empresas de príncipes y poderosos y otros reconocidos personajes, y cosen con la aguja finísima del ingenio los hilos de oro y seda en un bordado perpetuo de acciones gloriosas. Mi débil posición me impide elevarme hacia tales argumentos y tan peligrosas excelencias, entre laberintos, intrigas políticas y el sonido rimbombante de las guerras.

»Tras recibir noticias de hechos memorables protagonizados por obreros y artesanos, de renta baja, no obstante, me dispongo a dejar constancia de ellos para la posteridad, narrándolos honesta y genuinamente, mediante una crónica. Desfilarán por un escenario angustioso tragedias y horrores, escenas de grandiosa maldad, con intermedios de hazañas virtuosas y bondades angelicales, opuestas a las operaciones diabólicas. Y, en verdad, considerando que nuestros países están bajo la protección del Rey Católico y Señor Nuestro –que es el sol que jamás se oculta– y que por encima de ellos, como la luna que jamás mengua, resplandece por luz refleja el Campeón de noble estirpe que provisionalmente representa al Rey y los magníficos senadores, como estrellas fijas, y los demás jueces, cuales planetas errantes, expanden la luz alrededor, formando un cielo muy noble, no puede encontrarse otra causa de los

actos tenebrosos, maldades y vicios, perpetrados y multiplicados por los hombres temerarios, que no sea el arte y la intervención del diablo, dado que la malicia humana no tendría que ser suficiente para resistir a tantos héroes que trafican con los ojos de Argos y los brazos de Briareo, aparentemente para el bien común.

»Por tanto, en la redacción de la crónica de los hechos, ocurridos en la primavera de mis años, aunque la mayoría de las personas que representan un papel ya han desaparecido del escenario del mundo y han pagado su tributo a las parcas, por respeto no se mencionan sus nombres ni los parentescos, y lo mismo se hará con los lugares, indicando sólo el territorio de forma genérica.

»Ningún crítico hablará de una imperfección en el relato ni de deformidad en mi áspera obra, a menos que no sea una persona ajena a la filosofía, porque los hombres versados bien confirmarán que nada le falta a la sustancia de dicha narración. Por tanto, siendo algo evidente y que nadie niega que los nombres son puros accidentes...

»Aunque consiga llevar a cabo la heroica empresa de transcribir la historia narrada en este manuscrito consumido y rasgado y darla a luz, como se suele decir, ¿habrá alguien que la lea?».

Esta reflexión dubitativa, nacida en el esfuerzo de descifrar un garabato que seguía a la palabra «accidentes», hizo que dejara de copiar y pensara seriamente en lo que me convendría hacer. Es cierto, me decía, ojeando el manuscrito, que aquel granizo de conceptos y figuras no prosigue así durante toda la obra. El autor, en el estilo del siglo XVII, quiso mostrar su capacidad desde el principio, pero luego, durante la narración y a veces por largos párrafos, el estilo avanza con más naturalidad y mejor ritmo. Sí, pero qué ordinario y qué vulgar y tan poco correcto. Exceso de localismos lombardos, expresiones comunes utilizadas con despropósito, una gramática arbitraria, frases sin coherencia. Y, además, alguna palabra española diseminada aquí y allá y, aún peor, en los momentos más terribles o piadosos de la historia, cuando se podría despertar el asombro o invitar a pensar, en fin, en todos aquellos episodios que sí piden un poco de retórica, pero de retórica discreta, fina, de

buen gusto, el autor no se resiste a incorporar la suya, la misma de la introducción. Y entonces, aunando con admirable habilidad las cualidades más opuestas, encuentra la forma de ser a la vez tosco y amanerado, en la misma página, en el mismo párrafo, en la misma palabra. ¿Cómo? Declaraciones redundantes, compuestas por solecismos pedestres, y una torpeza ambiciosa que es propia de los escritos de aquel siglo, en este país. En verdad, no es algo que se pueda presentar a los lectores de hoy: están demasiado despiertos, demasiado disgustados por este tipo de extravagancias. Menos mal que se me ha ocurrido al comienzo de este desgraciado trabajo. Y que he podido lavarme las manos.

Pero mientras cerraba la carpeta para guardarla, me supo mal que una historia tan hermosa siguiera siendo desconocida, porque como historia (tal vez el lector no opine lo mismo) me había parecido bella, qué digo, muy bella. ¿Por qué no se podría, pensé, tomar la serie de hechos de este manuscrito y rehacer la forma de narrarlos? Como no se me presentó ninguna objeción razonable, la decisión fue enseguida abrazada. Y aquí está el origen del presente libro, expuesto con una ingenuidad equivalente a la importancia del volumen mismo.

Algunos de aquellos hechos, sin embargo, ciertas costumbres descritas por nuestro autor, nos habían parecido tan nuevos, tan extraños (por no decir algo peor) que, antes de darlas por ciertas, quisimos contrastarlas con testimonios. Y hurgamos en las memorias de aquel tiempo para aclarar si entonces el mundo era realmente así. La investigación disipó todas nuestras dudas: a cada paso nos encontrábamos con datos parecidos y más contundentes y –lo que nos pareció más decisivo– hasta hallamos a algunos personajes de cuya existencia dudábamos, al no haber recibido noticia de ellos fuera de nuestro manuscrito. Y cuando haga falta, citaremos algunos de aquellos testimonios, para proporcionar realidad a los hechos que, por su extrañeza, el lector tendría la tentación de negar.

Si rechazamos, por intolerable, el estilo de nuestro autor, ¿con qué lo hemos sustituido? Aquí está la cuestión.

Cualquiera que, sin que se le pida, se ponga a reescribir la obra de otro, se expone a rendir cuentas de la suya y, en cierta manera, asume la obligación de hacerlo. Es una norma obligatoria, que no pretendemos esquivar. Es más, para respetarla gustosamente, nos habíamos propuesto dar razón, aquí, con toda minucia, de nuestra forma de escribir. Con este fin, durante todo el proceso de escritura, hemos intentado adivinar las críticas posibles y contingentes, con la intención de rebatirlas todas por adelantado. La dificultad no sería tampoco esta, porque (hay que decirlo, en honor a la verdad) no se nos presentó una crítica sin que se nos ocurriera una respuesta triunfante, de aquellas respuestas que no digo que resuelvan las cuestiones, pero sí las modifican. A menudo, enfrentando dos críticas, hacíamos que una le ganara a la otra o, examinándolas con profundidad, contrastándolas atentamente, conseguíamos descubrir y mostrar que, tan opuestas en apariencia, eran en verdad del mismo género, ambas nacían de no prestar atención a los hechos y a los principios sobre los cuales tenía que fundarse el juicio. Tras ponerlas, con gran sorpresa, juntas, juntas las mandábamos de paseo. No habría existido jamás un autor que comprobara con tanta evidencia que lo había hecho bien. Pero ¿qué? Cuando estábamos a punto de recoger todas las objeciones y las respuestas, para ponerlas en orden –¡misericordia!–, vimos que conformaban un libro. Por eso apartamos la idea, por dos razones que el lector encontrará seguramente válidas: la primera, que un libro utilizado para justificar otro, es más, el estilo de otro, podría parecer ridículo; la segunda, que con un libro basta y sobra.

Capítulo I

Aquel brazo del lago de Como que mira hacia el mediodía, entre dos cadenas ininterrumpidas de montes, todo senos y golfos, según estos se asoman y retroceden, se estrecha –casi de repente– y asume recorrido y forma de río, con un promontorio a la derecha y una amplia costa a la izquierda. Y parece que el puente, que allí une las dos orillas, intensifique esta transformación ante la mirada y marque el punto en que el lago termina y el río Adda vuelve a empezar para retomar después el nombre de lago, allí donde las dos orillas, alejándose de nuevo, dejan que las aguas se expandan y desaceleren en nuevos golfos y senos. La costa, formada por el depósito de tres gruesos torrentes, desciende apoyada en las montañas contiguas, una llamada San Martino, la otra, con dicción lombarda, *Resegone*, por sus numerosas cimas puestas en fila, que hacen que parezca una sierra. De hecho, no hay quien, al verla por primera vez, si se sitúa enfrente (por ejemplo, desde las murallas de Milán que miran hacia el norte), no la distinga enseguida por su semblante, en aquella larga y amplia cordillera, de las demás montañas con nombre más oscuro y forma más común. Por un buen trecho, la costa sube con una inclinación lenta y continua, luego se rompe en colinas y pequeños valles, en picos y pendientes, según el esqueleto de los montes y el trabajo de las aguas. La franja extrema, recortada por las desembocaduras de los torrentes, es toda grava y guijarros. Lo demás son campos y viñedos, extensiones de tierras, de villas, de caseríos. En alguna zona hay bosques, que se prolongan hacia arriba por la montaña. Lecco, la principal de aquellas tierras, la que da nombre al territorio, se halla cerca del puente, en la orilla

del lago, es más, casi se encuentra en el mismo lago cuando las aguas suben. Hoy en día es un gran burgo que se está convirtiendo en ciudad.

En los tiempos de los hechos que nos disponemos a narrar, aquella aldea, ya considerable, también era una plaza fortificada y tenía el honor de alojar a un comandante y la ventaja de contar con una guarnición estable de soldados españoles, que desafiaban la modestia de las muchachas y las mujeres del pueblo, de tanto en tanto daban palmadas en los hombros de algún marido y algún padre y, hacia finales de verano, nunca renunciaban a diseminarse por los viñedos para recoger las uvas y aliviar a los campesinos de las fatigas de la vendimia.

De una a otra de aquellas tierras, de las alturas a las riberas, de una colina a la otra, brotaban –y aún brotan– calles y caminos, empinados o llanos; de vez en cuando hundidos, sepultados entre dos muros y donde, al levantar la mirada, sólo se descubren un fragmento de cielo y unas cumbres de montaña; otras veces, elevados sobre los terraplenes abiertos. Y desde aquí la vista abarca perspectivas más o menos extensas, pero siempre ricas y siempre algo nuevas, según el alcance que se logra desde los diversos puntos de la amplia escena alrededor, y según la parte que sobresale o se adivina, despunta o desaparece. Una porción, otra, una extensión del espejo de agua, aquí lago, cerrado en el extremo o más bien extraviado en un grupo, en un ir y venir de montaña, y poco a poco más amplio entre los altos montes que se despliegan uno a uno ante la mirada y que el agua refleja, al revés, con los pueblos colocados en las orillas. Allí brazo de río, luego lago y de nuevo río que se pierde en un serpentear brillante entre los montes que lo acompañan y se difuminan casi perdiéndose en el horizonte.

El lugar desde el cual contempláis estas variadas escenas os ofrece por doquier un espectáculo: el monte por cuyas laderas paseáis desenvuelve a vuestro alrededor sus cimas y llanos –distintos, en relieve, cambiantes casi a cada paso– y lo que antes os había parecido una sola cumbre se abre y se contornea en varias, y en la cima aparece lo que poco antes se presentaba en la costa. Y lo ame-

no, lo doméstico de aquellas laderas atenúa agradablemente lo salvaje y adorna la magnificencia de otras perspectivas.

Al atardecer del 7 de noviembre del año 1628, por uno de estos caminos volvía sereno hacia su casa, después del paseo, don Abbonadio, párroco de una de las tierras mencionadas anteriormente (el nombre del pueblo y el apellido del personaje no aparecen en el manuscrito, ni en este punto ni en otro). Rezaba tranquilamente su oficio y, de vez en cuando, entre un salmo y otro, ponía el índice de la mano derecha, a modo de señal, entre las páginas, antes de cerrar el breviario. Luego lo colocaba a sus espaldas, apoyado también en la otra mano, y proseguía su camino, mirando hacia el suelo y sacando con el pie la grava que se interponía en el sendero. Levantaba el rostro y volvía ociosamente la mirada en derredor, la fijaba en la zona de un monte donde la luz del sol ya desaparecido, huyendo por las hendiduras del monte opuesto, se dibujaba por las rocas salientes, en líneas anchas y desiguales de púrpura. Abrió de nuevo el breviario, recitó otro pasaje y llegó a una curva del camino donde siempre solía levantar los ojos del libro y mirar hacia delante. También lo hizo aquel día. Tras la curva, el camino seguía recto, quizá unos sesenta pasos y luego se dividía en dos sendas, en forma de «y» griega: la derecha subía hacia la montaña y conducía a la casa del párroco; la otra bajaba por el valle hasta un torrente y, de este lado, el muro llegaba a las caderas del paseante. Los muros internos de las dos sendas, en vez de unirse en ángulo, terminaban en una pequeña capilla, donde había pintadas unas formas alargadas, serpenteantes, que acababan en punta y que, en la intención del artista y en los ojos de los habitantes del vecindario, querían representar unas llamas. Alternadas con las llamas, otras figuras que no se podría describir querían significar las almas del purgatorio: almas y llamas color ladrillo, sobre un fondo grisáceo, desconchado aquí y allá. El cura, tras tomar la curva y dirigir como solía hacer la mirada hacia la capilla, vio algo que no esperaba y que no habría querido ver.

En la confluencia de las dos sendas había dos hombres, uno frente al otro. El primero, sentado a horcajadas en el muro bajo, con una pierna que colgaba y el otro pie plantado en la tierra del camino; su compañero, de pie, apoyado en el muro, con los brazos cruzados sobre el pecho. El atuendo, el porte y lo que, desde el lugar del que procedía el párroco, se podía distinguir del aspecto, no dejaban dudas acerca de su condición. Ambos llevaban alrededor de la cabeza una redecilla verde que caía sobre el hombro izquierdo y terminaba en una gran borla. En la frente sobresalía un mechón enorme; en el rostro, dos bigotes rizados en sus puntas; un cinturón brillante, de cuero, aguantaba dos pistolas; en el pecho, como un collar, un pequeño cuerno lleno de pólvora. Del bolsillo de los pantalones, amplios y voluminosos, se asomaba el mango de un cuchillo; finalmente, una espada grande, con una empuñadura perforada con láminas de latón, dispuestas con precisión y brillantes. A primera vista se reconocían como *bravos*.

Esta especie, ahora del todo extinguida, era entonces muy próspera en Lombardía, y ya muy antigua. Para quien no la conozca, unos pasajes documentales podrán dar una idea de sus rasgos principales, de los esfuerzos hechos para derribarla, y de su dura y lozana vitalidad.

Desde el 8 de abril del año 1583, el ilustrísimo y excelentísimo señor don Carlos de Aragón, príncipe de Castelvetro, duque de Terranova, marqués de Avola, conde de Burgeto, gran almirante y condestable de Sicilia, gobernador de Milán y capitán general de su Majestad Católica en Italia, *plenamente informado de la intolerable miseria en la que vivió y vive esta ciudad de Milán, por culpa de bravos y vagabundos*, publica un bando contra ellos. Declara y define *a todos* los que se incluyen en este bando bravos y vagabundos..., *los cuales, siendo forasteros o de la ciudad, no tienen oficio alguno o, si lo tienen, no lo practican... por eso, sin salario, o incluso con sueldo, se arriman a un caballero o a un hombre de bien, oficial o mercader... para ofrecerle protección y favores*

o, en verdad, como se puede presuponer, para tenderles trampas a otros... A todos les ordena que, en el plazo de seis días, abandonen el país, disponiendo trabajos forzados para quienes se opongan y les concede a todos los oficiales de la justicia las facultades más amplias y singulares para que ejecuten la orden.

Pero, el año siguiente, el 12 de abril, detectando dicho señor que *esta ciudad todavía está llena de bravos... que han vuelto a vivir como antes, sin modificar sus costumbres ni disminuir en número*, publica otro bando, aún más vigoroso y notable, en el cual, entre otras ordenanzas, prescribe:

Que cualquier persona, de esta ciudad o de fuera, que por dos testigos sea declarada y públicamente reconocida como bravo, aunque no haya cometido delito alguno... por la sola reputación de bravo, sin otros indicios, será sometida por los jueces a tortura con cuerdas por procedimiento informativo... y aunque no confiese delito alguno, será enviada a cumplir trabajos forzados en las galeras por tres años, por la sola reputación de bravo, como arriba se menciona. Todo esto y más, que aquí se obvia, porque *Su Excelencia está decidida a que todos le obedezcan.*

Al escuchar las palabras de tal señor, así de valerosas y seguras y acompañadas por tales órdenes, uno quisiera creer que, sólo por el eco, todos los bravos desaparecieron para siempre. Pero el testimonio de un señor no menos acreditado, ni menos dotado de títulos, nos obliga a creer todo lo contrario. Se trata del ilustrísimo y excelentísimo señor Juan Fernández de Velasco, condestable de Castilla, caballero mayor de Su Majestad, señor de la casa de Velasco y de la de los Siete Infantes de Lara, gobernador del estado de Milán, etcétera. El 5 de junio del año 1593, plenamente informado él también de cuánto daño y ruina provocan... *los bravos y vagabundos, y del pésimo efecto de tales gentes contra el bien público y la justicia*, los conmina de nuevo a que, en el plazo de seis días, se vayan del país, repitiendo las mismas prescripciones y amenazas de su predecesor. El 23 de mayo del año 1598, *informado, con no poco pesar de que... cada día en esta ciudad y en este estado crece el número de estos tales (bravos y vagabundos), de quienes,*

día y noche, sólo se oyen noticias de heridas provocadas deliberadamente, homicidios y robos y todo tipo de delitos, que cometen con mayor facilidad, confiando en la ayuda de sus protectores y patrocinadores... de nuevo prescribe los mismos remedios, incrementando la dosis, como se suele hacer con las enfermedades obstinadas. Todos, por tanto –concluye–, deben evitar absolutamente desobedecer las órdenes del presente bando porque, en lugar de probar la clemencia de Su Excelencia, probarán su rigor y su ira... siendo esta, resoluta y determinantemente, la última y perentoria advertencia.

Pero no opinó lo mismo el ilustrísimo y excelentísimo señor don Pietro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes, capitán y gobernador del estado de Milán. No opinó lo mismo y por buenas razones. *Plenamente informado de la miseria en la que viven esta ciudad y este estado debido al gran número de bravos que aquí abundan... y decidido a extirpar esta raza tan dañina*, emite, el 5 de diciembre de 1600, un nuevo bando también lleno de admoniciones, *con el firme propósito de que, con todo rigor y sin posibilidad de remisión, sean ejecutadas.*

Pero conviene creer que no lo hiciera con la misma voluntad que sabía emplear cuando tramaba contra su gran enemigo Enrique IV, ya que, a este respecto, la historia testimonia cómo consiguió armar contra aquel rey al duque de Saboya (y le hizo perder más de una ciudad) y cómo consiguió que el duque de Biron conjurara (y le hizo perder la cabeza). Por lo que concierne a la semilla tan dañina de los bravos, lo cierto es que seguía brotando el 22 de septiembre de 1612. Aquel día, el ilustrísimo y excelentísimo señor don Juan de Mendoza, marqués de la Hinojosa, caballero, etcétera, gobernador, etcétera, pensó seriamente en extirparla. Con este propósito, envió a Pandolfo y Marco Tullio Malatesti, tipógrafos reales, el bando habitual, corregido y ampliado, para que lo imprimieran, con el objetivo de destruir de una vez a los bravos. Pero estos siguieron vivos para recibir, el 24 de diciembre del año 1618, los mismos golpes y más fuertes aún del ilustrísimo y excelentísimo señor don Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, etcétera,

gobernador, etcétera. Tampoco murieron por aquellos golpes y el ilustrísimo y excelentísimo señor Gonzalo Fernández de Córdoba, bajo cuyo gobierno ocurrió el paseo de don Abbondio, se había visto obligado a corregir y volver a publicar el bando contra los bravos, el día 5 de octubre de 1627, es decir, un año, un mes y dos días antes de aquel memorable acontecimiento.

Ni siquiera fue esta la última publicación, pero consideramos innecesario mencionar las posteriores, que caen fuera del tiempo de nuestra historia. Sólo apuntaremos una, la del 13 de febrero del año 1632, en la cual el ilustrísimo y excelentísimo señor, el duque de Feria, gobernador por segunda vez, nos avisa que *las mayores iniquidades proceden de los que llaman bravos*. Esto basta para asegurarnos que, en la época de la que nos ocupamos, todavía había bravos.

Que los dos personajes arriba descritos estaban allí esperando a alguien era demasiado evidente, pero lo que peor le sentó a don Abbondio fue darse cuenta, por ciertos gestos, de que le estaban esperando a él. Porque cuando apareció, se miraron, levantando la cabeza con un ademán que hacía adivinar lo que ambos, enseguida, habían pensado: es él. El que estaba a horcajadas había puesto los pies en el suelo y se había levantado, el otro se había despegado del muro, y ambos se le empezaron a acercar. Mientras sostenía el breviario abierto ante sí, como si leyera, empujaba la mirada hacia arriba, para espiar los movimientos de los dos. Cuando vio que iban a su encuentro, fue asaltado por miles de pensamientos. Enseguida se preguntó si, entre los bravos y él, habría alguna salida, a la derecha o la izquierda y al instante se dio cuenta de que no. Hizo un examen rápido, si había pecado contra algún poderoso, contra alguien vengativo, pero, incluso en aquella turbación, el testimonio consolador de su propia conciencia lo tranquilizaba.

Pero los bravos se acercaban mirándolo fijamente.

Puso los dedos índice y mediano de la mano izquierda en el collar, como para acomodarlo y, recorriendo el cuello con los dos

dedos, volvía el rostro hacia atrás, torciendo la boca y mirando con el rabillo del ojo, hasta donde podía, por si llegaba alguien. No vio a nadie. Echó un vistazo a los campos, por encima del muro: nadie. Otra mirada más modesta hacia el camino que tenía delante: nadie, excepto los bravos. ¿Qué hacer? No estaba a tiempo de volver atrás, correr equivalía a decir: perseguidme, o algo peor. Como no podía esquivar el peligro, corrió a su encuentro porque aquellos instantes de incertidumbre eran tan penosos para él que sólo deseaba acortarlos. Aceleró el paso, recitó un versículo en voz alta, compuso el rostro con toda la quietud y la cordialidad que pudo, se esforzó en preparar una sonrisa y cuando se encontró frente a los dos hombres de marras, dijo mentalmente: aquí estamos. Y se detuvo.

–Señor párroco –dijo uno, plantándole los ojos en la cara.

–¿Mande? –contestó enseguida don Abbondio, levantando la mirada del libro, que se quedó abierto en sus manos, como en un atril.

–Usted tiene la intención –siguió el otro, con el gesto amenazador y airado de quien sorprende a su subordinado a punto de hacer una canallada–, usted tiene la intención de casar mañana a Renzo Tramaglino y Lucia Mondella.

–Es decir... –contestó don Abbondio con voz temblorosa–, es decir, ustedes, señores, son hombres de mundo y saben muy bien cómo van estos asuntos. El pobre cura no tiene nada que ver, se meten en líos y luego... luego vienen a vernos, como se va al banco a cobrar y nosotros... nosotros somos servidores de la comunidad.

–Pues bien –le dijo el bravo, al oído, pero con el tono solemne de una orden–, esta boda no ha de celebrarse, ni mañana, ni nunca.

–Pero, señores míos –replicó don Abbondio con la voz dócil y amable de quien quiere persuadir a alguien impaciente–, pero, señores míos, pónganse en mi piel. Si dependiera de mí... Verán que yo no gano nada...

–Vamos –interrumpió el bravo–, si la cosa tuviera que resolverse charlando, usted nos ganaría en un segundo. No sabemos ni queremos saber nada más. El que avisa... Usted me entiende.

–Ustedes, señores, son demasiado justos, demasiado razonables...

–Pero –interrumpió esta vez el otro compañero, que no había hablado hasta ahora– pero la boda no se celebrará o... –y una blasfemia– o quien lo hará no se arrepentirá porque no tendrá tiempo y... –otra blasfemia.

–Calla, calla –retomó el primer orador– el señor cura es un hombre de mundo y nosotros somos unos caballeros, no queremos hacerle daño, siempre y cuando actúe con juicio. Señor cura, el ilustrísimo señor don Rodrigo, dueño nuestro, lo saluda cordialmente.

Ese nombre fue, en la mente de don Abbondio, como un relámpago que ilumina momentánea y confusamente los objetos, de noche, en plena tempestad e incrementa el terror. Como por instinto, hizo una reverencia y dijo:

–Si supieran sugerirme...

–¡Oh, sugerirle a usted que hasta sabe latín! –interrumpió nuevamente el bravo, con una risa entre vulgar y feroz. –Le toca a usted. Y, sobre todo, que no se le escape una palabra con nadie, eh, de este aviso que le hemos dado por su bien, de otra forma... Sería lo mismo que celebrar aquella boda. En fin, ¿qué quiere que le diga en su nombre al ilustrísimo señor don Rodrigo?

–Mis respetos...

–¡Explíquese mejor!

–Estoy dispuesto... siempre dispuesto a la obediencia –y pronunciando estas palabras ni él sabía si hacía una promesa o un cumplido. Los bravos las tomaron (o aparentaron tomarlas) en su significado más serio.

–Muy bien y buenas noches, señor –dijo uno, a punto de irse con el compañero.

Don Abbondio, que momentos antes habría dado un ojo de la cara para evitarlos, hubiera querido prolongar la conversación y la negociación:

–Señores... –empezó a decir, cerrando el libro con ambas manos.

Pero aquellos, sin darle audiencia, tomaron el camino por donde él había llegado y se alejaron, cantando una canción que no quiero transcribir. El pobre don Abbondio se quedó un instante con la boca abierta, como hechizado. Luego tomó la senda que conducía a su casa, con dificultad ponía una pierna delante de la otra, parecían acalambradas. Como se sentía por dentro se entenderá mejor cuando hayamos dicho algo acerca de su naturaleza y del tiempo en que le había tocado vivir.

Don Abbondio (el lector ya se habrá dado cuenta) no había nacido con un corazón de león. Pero, desde sus primeros años, había tenido que comprender que la peor condición, en aquellos tiempos, era la de un animal sin garras y sin colmillos, y que además no quería ser devorado. La fuerza de la ley no protegía en ningún caso al hombre tranquilo, inofensivo, sin medios para infundir miedo en los demás. No faltaban leyes y castigos para evitar las violencias privadas. Es más, las leyes diluviaban; los delitos eran enumerados y determinados con especificidad minuciosa; las penas, extremas y sujetas a incremento, casi por cada caso, según decisión del propio legislador y de cien ejecutores; los procedimientos, estudiados sólo para liberar al juez de cualquier detalle que pudiera impedirle determinar una condena. Los pasajes de los bandos contra los bravos que hemos transcrito son una prueba pequeña pero fiel de ello. A pesar de todo esto (es más, por todo esto), aquellos bandos, reimpresos y reforzados de gobierno en gobierno, no servían para nada más que para certificar la impotencia de sus autores. O, si producían algún efecto inmediato, consistía principalmente en añadir más vejaciones a las que los pacíficos y los débiles ya sufrían por mano de los prepotentes, y en incrementar la violencia y la astucia de estos últimos. La impunidad estaba organizada y tenía raíces que los bandos no eran capaces de alterar. Tan arraigados estaban los espacios de asilo, los privilegios de algunas clases, reconocidos por la ley, tolerados en silencio o impugnados con protestas vanas, y defendidos por aquellas clases con interés y celo.

Ahora bien, esta impunidad amenazada y condenada, aunque no destruida por los bandos, naturalmente, ante cada intimidación y cada insulto, tenía que ingeniar nuevos esfuerzos e inventos para su propia conservación. En efecto, así ocurría: cuando aparecía un bando para oprimir a los violentos, estos buscaban en su fuerza real los medios más oportunos para seguir haciendo lo que los propios bandos prohibían. Estos últimos podían muy bien estorbar a cada paso y molestar al buen hombre, sin fuerza propia ni protección, porque para prevenir y castigar todo tipo de delito sometían cada movimiento del ciudadano a la voluntad arbitraria de ejecutores de todo tipo. Quien, antes de cometer un crimen, había tomado medidas para refugiarse a tiempo en un convento, en un palacio, donde los guardias no habrían osado entrar; quien, sin más precauciones, llevaba una librea que defendía la vanidad y el interés de una familia poderosa, de toda una clase, era libre en sus operaciones y podía reírse de todo el ruido de aquellos bandos. Entre los mismos que tenían la tarea de ejecutarlos, algunos pertenecían por nacimiento al sector privilegiado, otros dependían de él por ser sus clientes. Los unos y los otros –por educación, por interés, por costumbre, por imitación– habían abrazado sus máximas y no las habrían ofendido por amor de un trozo de papel colgado en las esquinas. Además, los hombres encargados de la ejecución inmediata, aunque hubiesen sido audaces como héroes, obedientes como monjes, dispuestos a sacrificarse como mártires, no habrían podido conseguirlo, numéricamente inferiores a los que intentaban vencer, y con gran probabilidad de ser abandonados por quien (en abstracto y, por así decirlo, en teoría) les imponía que actuaran. Encima, eran de los individuos más despreciables y malvados de su tiempo: su cometido era considerado vil incluso por los que podían temerlo, y su título, un improperio. Pues era natural que ellos, en vez de arriesgarse (es más, de entregar su vida a una empresa desesperada), vendieran su inacción o también su connivencia a los poderosos y se limitaran a ejercer su autoridad execrada y la fuerza que, sin embargo, tenían en aquellas ocasiones en las que no había

peligro, es decir: oprimiendo y sometiendo a injusticias a los hombres pacíficos e indefensos.

El hombre que quiere ofender (o que teme, en todo momento, ser ofendido) busca naturalmente aliados y compañeros. Por tanto, la tendencia de los individuos a generar vínculos de clase, a formar otras nuevas y procurar el mayor poder a la que pertenecían, era llevada al extremo en aquellos tiempos. El clero vigilaba para conservar y extender su inmunidad; la nobleza, sus privilegios; el ejército, sus exenciones. Los comerciantes y artesanos se agrupaban en gremios y fraternidades, los jueces se constituían en una asociación, los médicos, en una corporación. Cada una de estas pequeñas oligarquías tenía su fuerza especial y propia; en cada una el individuo encontraba la ventaja de utilizar para sí mismo, proporcionalmente a su autoridad y destreza, los recursos reunidos de muchos. Los más honestos se valían de esta ventaja sólo como defensa; los astutos y los sediciosos se aprovechaban de ella para hacer maldades para las cuales sus medios personales no habrían sido suficientes, y para garantizarse la impunidad. El noble adinerado y violento con bravos alrededor y campesinos (acostumbrados por tradición familiar y atentos o forzados a considerarse súbditos y soldados del dueño) ejercía un poder al que ninguna otra agrupación se oponía.

Nuestro don Abbondio —que no era noble ni rico y aún menos valiente— se había dado cuenta, antes de llegar a los años de la discreción, que en aquella sociedad era como una vasija de terracota obligada a viajar en compañía de muchas cantimploras de hierro. Por eso había obedecido con ganas a sus padres, que lo quisieron cura. En verdad, no había pensado con atención en las obligaciones y los nobles fines del oficio al que se dedicaba: conseguir medios para vivir con comodidad y ser parte de una clase fuerte y respetada le habían parecido dos razones más que suficientes para la elección. Pero cualquier clase protege a un individuo y le da seguridad hasta cierto punto: nadie lo dispensa de tener que crearse un sistema propio. Don Abbondio, absorbido por la idea de su propia tranquilidad, no se preocupaba por aquellas ventajas que hubiesen

necesitado mucho trabajo o cierto riesgo. Su sistema consistía en evitar todos los conflictos y ceder en los que no tenía más remedio. Neutralidad desarmada en todas las guerras que estallaban a su alrededor, en las disputas (entonces muy frecuentes) entre el clero y los poderes laicos, entre militares y civiles, entre nobles y nobles, hasta en las discusiones entre campesinos, que nacían con una palabra y se decidían a puñetazos o cuchilladas. Si se veía absolutamente obligado a tomar partido entre dos contrincantes, se ponía del lado del más fuerte (siempre en la retaguardia) y procuraba demostrarle al otro que no era su enemigo por voluntad propia, como si le dijera: ¿por qué no supo ser usted el más fuerte? Me hubiese puesto de su parte. Lejos de los prepotentes, como si no viera sus abusos pasajeros y caprichosos, respondiendo con sumisión a los que procedían de una intención más seria y meditada, obligando, con reverencias y respeto jovial, incluso a los más bruscos y desdenosos, a sonreírle cuando se los encontraba por la calle, el pobre hombre había conseguido superar sin grandes borrascas los sesenta años.

No es que no tuviese también su porción de hiel en el cuerpo. Y el continuo ejercicio de la paciencia, dar siempre la razón a los demás, los muchos bocados amargos tragados en silencio la habían exacerbado tanto que, si no hubiese podido liberarla de vez en cuando, su salud se habría resentido. También había en el mundo (y cerca de él) personas que eran (lo sabía muy bien) incapaces de hacer daño, y a veces podía desahogar contra ellas su mal humor, reprimido durante tanto tiempo, y ceder al impulso de volverse colérico y gritar. Además, era un estricto censor de los hombres que no se controlaban como él, cuando podía ejercer la censura sin peligro alguno, ni siquiera lejano. El maltratado era al menos un imprudente; el asesinado, siempre había sido un hombre turbio. En quien, tras argumentar su caso contra un poderoso, quedaba herido, don Abbondio siempre sabía encontrar algún agravio y no le resultaba difícil, porque la razón y el error nunca se separan con un corte exacto que haga que cada parte sólo incluya elementos de la una o de la otra. Sobre todo, despotricaba contra los cofrades que,

por su cuenta y riesgo, se ponían del lado de alguien débil y oprimido, en contra de un señor poderoso. A esta actitud la llamaba «comprar problemas al contado» o «querer enderezar las patas de los perros»; también decía con severidad que implicaba mezclarse en cosas profanas, en detrimento de la dignidad del oficio sagrado. Y contra estos cofrades predicaba, pero siempre a solas o en grupo muy reducido, con tanta más vehemencia cuanto más sabía que eran inmunes al resentimiento en todo lo que les tocaba personalmente. Y tenía una frase favorita, con la que siempre cerraba sus discursos sobre estos asuntos: que un caballero que se cuida y sólo se ocupa de sus asuntos, no se expone a malos encuentros. Hombre prevenido vale por dos.

Piensen ahora ustedes, mis veinticinco lectores, qué impresión debió de causar en el alma del pobre hombre lo que se ha contado. El susto ante aquellas caras feas y las malas palabras, la amenaza de un señor conocido por no amenazar nunca en vano, un sistema de vida tranquilo (que había costado tantos años de estudio y paciencia) quebrado de pronto, y una disyuntiva cuya salida no podía vislumbrarse: todos estos pensamientos revoloteaban tumultuosamente en el cabizbajo don Abbondio. «Si pudiera convencer a Renzo con un buen no, ya estaría, pero querrá razones, ¿y qué le contesto, por el amor de Dios? Y, y, y él también es testarudo: un cordero si nadie lo toca, pero si alguien quiere contradecirlo..., ¡vaya! Y luego, y luego, perdido detrás de esa Lucia, enamorado como... Jovenzuelos, como no saben qué hacer, se enamoran, quieren casarse, y no piensan en nada más, no asumen la carga de los problemas que le causan a un pobre hombre. ¡Ay, pobre de mí! ¡Mira tú si justo esos dos personajes tenían que plantarse en mi camino y tomarla conmigo! ¿Qué tengo yo que ver con eso? ¿Acaso soy yo el que quiere casarse? ¿Por qué no han ido a hablar...? Oh, ya ves, qué gran suerte la mía, siempre se me ocurre la mejor opción cuando ya ha pasado el momento de escoger. Si se me hubiera ocurrido sugerirles que fueran a llevar su embajada...». Pero,

en ese momento, comprendió que arrepentirse por no haber sido consejero y colaborador de la iniquidad era demasiado perverso, y dirigió toda la ira de sus pensamientos contra aquel otro que venía así a quitarle la paz. No conocía a don Rodrigo más que de vista y fama, ni había tenido nunca con él más trato que el de tocarse el pecho con la barbilla, o de bajar hasta el suelo la punta del sombrero, las pocas veces que se lo había cruzado por la calle. En más de una ocasión había tenido que defender la reputación de aquel señor contra quienes, en voz baja, suspirando y levantando los ojos al cielo, maldecían algunas de sus hazañas: había dicho mil veces que era un caballero respetable. Pero entonces le otorgó en su corazón todos los títulos que nunca había querido oír que otros le asignaran sin interrumpirles con un ¡venga ya! Cuando, entre el tumulto de estos pensamientos, llegó a la puerta de su casa, que se encontraba en el extremo opuesto del pueblo, metió apresuradamente la llave, que ya tenía en la mano, en el ojo de la cerradura. Abrió, entró, cerró diligentemente y, ansioso por encontrarse en compañía digna de confianza, enseguida llamó:

—¡Perpetua! ¡Perpetua! —mientras iba hacia el salón, donde seguramente ella estaría poniendo la mesa para la cena.

Era Perpetua, como imagináis, la criada de don Abbondio: una criada afectuosa y fiel, que sabía obedecer y mandar según la ocasión, tolerar los murmullos y caprichos de su señor, y hacer que él tolerara los suyos, cada día más frecuentes desde que había pasado la edad sinodal¹ de los cuarenta años y seguía soltera por haber rechazado todos los partidos que se le habían ofrecido —como decía ella—, o por no haber conseguido ni a un perro que la quisiera —como decían sus amigas—.

—Ya voy —contestó, mientras colocaba la botella del vino favorito de don Abbondio sobre la mesa, en su sitio habitual, y se movía lentamente. Aún no había llegado al umbral de la puerta, cuando él entró, con el paso tan brusco, la mirada tan sombría y el rostro

1. Los sínodos habían establecido que los curas no podían tener criadas menores de cuarenta años. (N. de la T.)

tan desencajado, que no se necesitaban los ojos expertos de Perpetua para discernir que le había ocurrido algo extraordinario.

–¡Misericordia! ¿Qué le pasa, patrón?

–Nada, nada –respondió don Abbondio, mientras se dejaba caer, jadeando, en su sillón.

–¿Cómo que nada? ¿A mí quiere engañarme, con esta cara que trae? Algo gordo habrá ocurrido.

–¡Oh, por el amor de Dios! Cuando digo nada, o no es nada, o es algo que no puedo contar.

–¿Algo que ni siquiera a mí me puede decir? ¿Quién cuidará de su salud? ¿Quién le dará una opinión?...

–¡Ay! Callaos, y no me pongáis más comida: sólo un vaso de mi vino.

–Y usted querrá decir que no tiene nada –dijo Perpetua, llenando el vaso y quedándose en la mano, como si quisiera entregarlo sólo como premio por la confianza que tanto se hacía esperar.

–Dadme el vaso, dádme lo –dijo don Abbondio, cogiéndole el vaso con mano insegura y vaciándolo de un sorbo, como si se tratara de una medicina.

–¿Pues quiere usted que vaya preguntando por ahí qué le ha sucedido a mi patrón? –dijo Perpetua, de pie, con las manos en las caderas y los codos apuntando hacia él, mientras lo miraba fijamente, como si quisiera chuparle el secreto de los ojos.

–Por el amor de Dios, no cotilleéis, no arméis jaleo: está en juego... ¡mi vida es lo que está en juego!

–¡La vida!

–Sí, la vida.

–Sabe usted muy bien que siempre que me ha dicho algo sinceramente, en confianza, nunca he...

–¡Claro! Como cuando...

Perpetua se dio cuenta de que había tocado una tecla equivocada y así, cambiando inmediatamente de tono:

–Mi patrón –dijo con voz conmovida y conmovedora a la vez–, siempre le he tenido cariño y si ahora quiero saber es para cuidarlo,

porque me gustaría poder ayudarlo, darle una buena opinión, levantarle el ánimo...

El hecho es que don Abbondio tenía tal vez tantas ganas de soltar su doloroso secreto como Perpetua de conocerlo. Así que, después de rechazar cada vez más débilmente los nuevos y más apremiantes asaltos de ella, después de haberle hecho jurar más de una vez que no abriría la boca ni para respirar, por fin, con muchas interrupciones y muchos «ay, de mí», le contó sus miserias. Cuando llegó al terrible nombre del instigador, fue necesario que Perpetua prestara un nuevo y más solemne juramento y don Abbondio, tras pronunciar aquel nombre, se apoyó el respaldo de su sillón suspirando y levantando las manos en acto a la vez de mando y de súplica, mientras decía: «¡Por el amor del cielo!».

—¡Es una de las tuyas! —exclamó Perpetua—. ¡Oh, qué bribón! ¡Oh, qué prepotente! ¡Oh, qué hombre sin temor de Dios!

—¿Queréis callar? ¿O queréis arruinarme del todo?

—¡Oh! Estamos solos aquí, nadie nos oye. Pero ¿cómo hará, pobre señor mío?

—Oh, ya veis —dijo don Abbondio con voz irritada—, ya veis qué buenas opiniones me da esta. Viene y me pregunta cómo haré, cómo haré, como si ella estuviera metida en esto y sacarla dependiera de mí.

—Bueno, yo tendría mi pobre opinión para darle, pero entonces...

—Pero entonces, oigámosla.

—Mi opinión sería que, puesto que todo el mundo dice que nuestro arzobispo es un hombre santo, y un hombre de pulso y que no le teme a nadie y que cuando puede hacer que uno de estos prepotentes se comporte como es debido, para apoyar a un cura, se regodea en ello, yo diría y digo que usted debería escribirle una bonita carta, para informarle de cómo...

—¿Queréis callar? ¿Queréis callar de una vez? ¿Son esas opiniones que compartir con un pobre hombre? Si me dispararan en la espalda, que Dios me ayude, ¿el arzobispo me sacaría la bala?

—¡Eh! Los disparos no se regalan como peladillas y ¡ay si estos perros mordieran cada vez que ladran! Siempre he visto que a

quienes saben enseñar los dientes y hacerse valer se los respeta y, precisamente porque usted nunca quiere decir su opinión, estamos así, con todo el mundo que viene, con permiso, a...

—¿Queréis callar o no?

—Callaré enseguida, pero es cierto que cuando la gente se da cuenta de que uno, siempre, en cada circunstancia, está dispuesto a bajarse...

—¿Queréis callar ya? ¿Es el momento de decir tonterías como esas?

—Basta: ya lo pensaré esta noche, pero mientras tanto no empiece a revolverse la sangre, a arruinarse la salud. Pruebe bocado.

—Lo pensaré yo —respondió don Abbondio, refunfuñando—, seguro, ya lo pensaré, tengo que pensarlo yo —y mientras se levantaba, dijo—: No quiero tomar nada, nada. Tengo otros apetitos: ya sé que me toca pensarlo. Y mira, justo a mí me tenía que pasar.

—Beba al menos esta última gota —dijo Perpetua, removiendo el vino—. Usted sabe que esto siempre le arregla el estómago.

—¡Eh! Se necesita otra cosa, se necesita algo más.

Dicho esto, cogió la lámpara y, siempre refunfuñando, añadió:

—¡Una minucia para un caballero como yo! ¿Qué pasará mañana? —Y entre quejas semejantes, subió a su habitación. Cuando llegó al umbral, se volvió hacia Perpetua, se llevó el dedo a la boca, y dijo, en tono lento y solemne—: ¡Por el amor del cielo!

Y desapareció.